



fo, y en general para el lector que se propone sacar fruto de la lectura histórica, que conocer la situación en que se halla un pueblo cuando va á sufrir una trasformacion social, que es el caso en que se encuentra la España en la época á que llegamos, invadida por otro pueblo extraño que la va á dominar y á mudar enteramente su condicion. España va á entrar en un nuevo período de su vida.

Al despedirnos del pueblo godo, podríamos repetir con el autor del discurso que precede al Fuero Juzgo: «Fué una grande época, un período interesante... el que corrió desde el siglo V hasta el VIII... Fué una gran nacion la que venció á los romanos, rechazó á los hunos, sojuzgó á los suevos, y se estableció desde el Garona hasta las columnas de Calpe. Fueron una gran iglesia y una gran literatura las que tuvieron á su frente á Ildefonso y á Eugenio, á Leandro y á Isidoro. Y fué más grande aún que todos estos elementos que le dieran vida, el célebre código que nació en esa sociedad, que ordenó esa monarquía, que caracterizó esa época, que fué redactado por esos literatos y esos obispos. Cuando faltas y yerros por una parte, cuando la ley de la naturaleza por otra, acabaron con el pueblo y con sus monarcas, con los próceres y con los sacerdotes, con el poder y con la ciencia de aquella edad, el código se eximió justamente de ese universal destino, y duró y quedó vivo en medio de las épocas siguientes, que no sólo le acataron como monumento, sino que lo observaron como regla y se humillaron ante su sabiduría.»

Nosotros, sin constituirnos en apologistas de los godos, ni de su sistema de gobierno, cuyos defectos hemos apuntado, añadiremos por último, que si hemos de juzgar de la civilizacion

de un pueblo, no por el ostentoso aparato de los triunfos militares, comprados á precio de sangre humana; no por el brillo exterior de pomposos espectáculos, que fascinan y corrompen á un tiempo, sino por su mayor moralidad, por el menor número de inútiles matanzas de hombres, por el mayor respeto á la humanidad, á la propiedad, á la libertad individual de sus semejantes, por la mayor suavidad de sus leyes y de sus castigos, por su mayor justicia y su mayor consideracion á la dignidad del hombre, España debió grandes beneficios á un pueblo que modificó y alivió la dureza de la esclavitud, que abolió la bárbara costumbre de entregar los hombres á ser devorados por las fieras del circo, que hizo ménos mortíferas las guerras, que economizó la pena de muerte, que consignó en sus leyes la libertad personal, y que le dió, en fin, una nacionalidad y un trono que no tenía. Bajo este concepto la civilizacion goda aventajó en mucho á la romana, como guiada aquélla por el principio civilizador y humanitario del cristianismo. Así, al traves de sus defectos de constitucion de las leyes bárbaras conservadas en su código, de los regicidios que mancharon el principio y el fin de su dominacion, y de otros males de que no pretendemos eximir aquel período de tres siglos, incomparablemente ménos terrible para España que lo fué para los pueblos de Europa, la sociedad siguió su marcha progresiva, aunque lenta, hácia su mejoramiento social. Ahora retrocederá otra vez, para encontrarse más avanzado al cabo de centenares de años, que tal es y tan pausado y por tantas contrariedades interrumpido el desarrollo de la vida de la humanidad.

CAPÍTULO XIII.

El Oriente desde la muerte de Teodosio el Grande, hasta Mahoma (400-622).

Preparada por la constitucion de Diocleciano la division del imperio romano en dos grandes fracciones, ésta se realizó definitivamente á la muerte de Teodosio el Grande, que repartió el imperio entre sus dos hijos Honorio y Arcadio, tocándole á este último el de Oriente ó griego, cuya capital era Constantinopla, y que comprendia todas las provincias asiáticas hasta el Eufrates al E., el Egipto y la Cirenaica en África, la Tracia, Macedonia, Acaya, Mesia y la Panonia en Europa: se llamaba imperio griego, porque en él prevalecieron el idioma, la civilizacion y las costumbres griegas. La constitucion de este imperio era la misma que Constantino el Grande habia dado al imperio romano, y estaba basada en el sistema de centralizacion. Los emperadores, investidos de un poder absoluto, continuaron mezclándose en los asuntos religiosos, y hasta dando decisiones dogmáticas, siendo frecuentes las persecuciones religiosas, ya de emperadores católicos contra los herejes, ya tambien de emperadores herejes contra los católicos; esta intervencion en los asuntos religiosos provocó frecuentes trastornos y aumentó el descontento de los habitantes de las provincias, que estaban sobrecargados de impuestos y entregados al despotismo arbitrario de los prefectos, sin ha-

llar en éstos proteccion suficiente contra los enemigos de fuera; por otra parte, los generales ejercian una influencia preponderante en los negocios públicos, y apoyándose en su ejército se ponian en oposicion con la corte imperial y decidian las más de las veces de la sucesion al trono, la cual no estaba regularizada por ley alguna. Los trastornos eran muy frecuentes en Constantinopla, donde los promovia la multitud desocupada, que tenía por principal ocupacion los juegos del circo, en donde las carreras de carros ó de caballos habian reemplazado á las luchas sangrientas de los gladiadores, y más de un emperador murió á consecuencia de un motin principiado en el circo. Las fronteras septentrionales del imperio sobre el Danubio estaban constantemente amenazadas por los pueblos germánicos, eslavos y mogoles, en tanto que al E. tenían que defender la frontera del Eufrates contra los persas.

La monarquía neo-persa, que habia reemplazado al antiguo imperio de los partos, y que debió su origen á una revolucion militar, fué siempre enemiga del imperio romano. Los partos habian protegido á los cristianos y habian dado asilo á los que habian ido huyendo de las persecuciones de los emperadores romanos, pero Adschir, fundador de esta monar-



quía, restableció la casta de los magos y el culto del fuego, y llevó á cabo crueles persecuciones contra el cristianismo, que habia sido predicado á los partos por el apóstol Santo Tomas, y que contaba ya con muchos prosélitos; pero la primera persecucion grande contra los cristianos tuvo lugar en tiempo de Sapor II, teniendo que intervenir en favor de ellos, aunque sin resultado, el emperador Constantio; continuaron las persecuciones hasta el reinado de Jezdegerd I, que las hizo cesar por algun tiempo; pero principiaron de nuevo el año 418 y duraron hasta que los griegos, despues de varias victorias sobre los persas, les obligaron á conceder á los cristianos la libertad religiosa. Conquistada gran parte de la Armenia por los persas, éstos extendieron á ella sus persecuciones, y el rey Jezdegerd II dió un edicto, por el que intentaba destruir el cristianismo en todo su reino; los armenios, bajo el mando de Vartan, se sublevaron y consiguieron la libertad de su culto. Las guerras intestinas que estallaron en el reinado de Cobad y las divisiones de los cristianos, que en gran número habian abrazado las doctrinas heréticas de Nestorio, trajeron la decadencia del cristianismo en este país y debilitaron la monarquía persa, cuya caída contuvo por algun tiempo con su energía Cosroes, apellidado *Nouchirvan el Justo*.

Arcadio, hijo de Teodosio el Grande, que habia estado bajo la tutela de Rufino, á quien derribó Estilicon, que gobernaba el imperio de Occidente en nombre del emperador Honorio, no pudo defender su reino contra los visigodos, que al mando de su rey Alarico, devastaron muchas provincias, y emigraron despues hácia Italia. La emperatriz Eudoxia, que habia hecho desterrar á San Crisóstomo por clamar contra la corrupcion de la córte y el primer ministro Eutrope, dominaban por completo al emperador, el cual dejó el trono á su hijo Teodosio II, niño de siete años, siendo su tutor Antemio, que despues cedió el gobierno á Pulqueria, hermana de Teodosio, la cual tampoco tenia más que catorce años, pero se distinguia por la elevacion de su espíritu y energía de su carácter. Pulqueria, á pesar de sus grandes dotes, se

vió obligada á ajustar las paces con los hunos, prometiendo pagarles un tributo anual; tuvo guerras afortunadas contra los persas; en su tiempo se unió al imperio griego la Armenia occidental, y no se ocupó en otra cosa que en prevenir los trastornos interiores á que dieron lugar las herejías de Nestorio y de Eutiques. Nestorio, patriarca de Constantinopla, enseñaba que en Jesucristo habia dos personas, una divina y otra humana; el emperador le protegió en un principio, pero le abandonó luégo que fué condenada su doctrina por el concilio de Éfeso. Eutiques quiso combatir á Nestorio, y decia que en Jesucristo habia una sola naturaleza; Teodosio abrazó esta herejía, y se declaró contra el papa Leon el Grande. Teodosio publicó un código, que se llamó código Teodosiano. Luégo que murió Teodosio, Pulqueria elevó al trono al senador Marciano, á quien dió su mano, y por entónces terminaron los trastornos religiosos, gracias al concilio de Calcedonia: la muerte de Atila libró al imperio griego del tributo pagado á los hunos, pero el establecimiento de los ostrogodos en la Panonia, y de los gépidos y hérulos en la Dacia, empeñó á los griegos en nuevas guerras. Elegido Leon I emperador por el senado de Constantinopla, á la muerte de Marciano, y con el auxilio del general Aspar, tuvo guerra con los ostrogodos, á quienes se vió obligado á pagar un tributo anual, recibiendo en su córte como en rehenes al jóven Teodorico el Grande; dió el trono de Occidente á Antemio, y despues á Julio Nepote; adoptó medidas enérgicas, aunque sin resultado, contra los arrianos, nestorianos y demas sectas heréticas, y dejó el trono griego á su nieto Leon II, bajo la tutela de Zenon, padre de este último, que á su vez subió al trono despues de la muerte del jóven emperador, acaecida once meses despues de la de Leon I.

Los reinados del emperador Zenon y de su sucesor Anastasio forman un periodo triste de disensiones intestinas y de desgracias para el imperio griego. Zenon tuvo que principiár por luchar con su cuñado Basilisco, que habia tomado el título de emperador, y sucumbió al cabo de tres años; despues, y á la vez que era



derribado el trono de Occidente, tuvo que combatir á los ostrogodos, acabando por cederle sus pretensiones sobre Italia; abrogándose el derecho de decidir en materia dogmática, sancionó la herejía de los monofisitas por medio de un decreto llamado Honoticon, que hizo obligatorio en su imperio, dando lugar con esto á un rompimiento con la Santa Sede y arrastrando al imperio al cisma, al cual se adhirieron los tres patriarcas de Oriente. Á la muerte de Zenon subió al trono Anastasio casándose con su viuda; tuvo guerras con los persas, por los cuales fué deshecho y obligado á ajustar la paz; los búlgaros emigrados del Asia se fijaron por entónces en la embocadura del Danubio y principiaron á hacer incursiones en la Mesia y la Tracia; tambien hubo entónces tumultos en Constantinopla, que principiaron en el circo. Justino I, jefe de la guardia imperial, fué elevado al trono por el senado; era valiente y guerrero, y dió la tranquilidad al imperio restableciendo el orden interior, poniendo fin al cisma religioso y levantando nuevas fortificaciones á lo largo del Danubio y del Eufrates; tuvo guerra con los persas por la posesion de la Cólquida y la Iberia, en donde mantuvo su autoridad, y adoptó á su sobrino Justiniano, á quien destinaba el trono.

El reinado de Justiniano hace época en la historia del imperio griego, é influyó tambien en el Occidente, tanto por las conquistas que establecieron la dominacion de este imperio sobre Italia, África y una parte de España, como por los trabajos legislativos emprendidos bajo su direccion. Sin embargo, la gloria del reinado de Justiniano no fué exclusivamente obra de este príncipe, sino que la mejor parte les corresponde á los hombres de talento y de saber, á quienes él tuvo el mérito de escoger y colocar á la cabeza de sus ejércitos y de sus consejos. Justiniano se distinguia por sus conocimientos variados y profundos, pero carecia de energía de carácter y de firmeza en las resoluciones que habia tomado; era demasiado accesible á la lisonja, y alguna vez se dejaba dominar por las intrigas de su córte, en las que su mujer Teodora representaba el principal papel. Desprovisto de talentos militares,

nunca mandó sus ejércitos en persona: pero colocó á su cabeza generales distinguidos, como German, Belisario y Narsés, que les condujeron casi siempre á la victoria. Las guerras de Justiniano fueron: 1.^a, guerra contra los persas; 2.^a, motin de Constantinopla, llamado Nika; 3.^a, contra los vándalos y conquista del África; 4.^a, primera guerra contra los ostrogodos en Italia; 5.^a, invasion de los búlgaros; 6.^a, segunda guerra contra los persas; 7.^a, segunda contra los ostrogodos en Italia; 8.^a, tercera contra los persas; 9.^a, tercera contra los ostrogodos y conquista de Italia; 10.^a, guerra contra los visigodos en España, y 11.^a, invasion de los pueblos mogoles.

Las guerras de los griegos contra los persas se hicieron casi exclusivamente en la Cólquida y la Iberia, provincias del Cáucaso, cuya posesion se disputaban los dos pueblos. Belisario, jefe del ejército griego, y que habia sufrido una derrota, fué llamado á Constantinopla; pero no tardó en ser puesto de nuevo á la cabeza del ejército despues de haber salvado el trono de Justiniano: habia estallado en Constantinopla un motin, que principiando en el circo, se habia extendido á toda la ciudad, cuyos habitantes estaban exasperados por las exacciones del canciller Triboniano, y el emperador se disponia ya á abandonar la capital, cuando Belisario consiguió dispersar á los alborotadores y restablecer el orden, siendo nombrado otra vez jefe del ejército griego, y continuando la guerra contra los persas, guerra que se interrumpió por la muerte de su rey Cobad, y que principió de nuevo su hijo Cosroes, que acababa de afirmar su trono dando la tranquilidad que necesitaba á la monarquía persa, perturbada por tanto tiempo con guerras intestinas: estas guerras entre griegos y persas se interrumpieron y renovaron varias veces, hasta que terminaron por un tratado de paz, en virtud del cual los griegos se quedaron con la Cólquida, mediante el pago de una suma anual á los persas, los que á su vez se comprometieron á permitir el libre ejercicio del culto cristiano en su monarquía.

Las armas griegas fueron más afortunadas en Occidente. Justiniano declaró la guerra á



Gelimer, que había usurpado el trono de los vándalos, y envió contra él á Belisario, el cual terminó la guerra en tres meses, ganando las batallas de Cartago y de Tricámora, y redujo el Africa á provincia griega, de la que fué nombrado gobernador: esta provincia era atacada sin cesar por los moros, hasta que despues de quince años de lucha, algunas tribus moras fueron sometidas á un tributo anual. Desde el Africa Belisario llevó á Italia su ejército victorioso, y principió la larga serie de guerras contra los ostrogodos, que terminó por la destrucción del reino de Teodorico el Grande y la reducción de Italia y Sicilia á provincias griegas. Las causas de estas guerras fueron la muerte de Amalasueta y el haber rehusado los ostrogodos ceder á los griegos la Sicilia; en la primera guerra Belisario se hizo dueño de Sicilia y se apoderó de Nápoles: Teodato quiso negociar con él, pero fué muerto por los ostrogodos, los cuales le reemplazaron con Vitiges; á éste le tomó Belisario las ciudades de Roma y Milan, así como también la de Rávena despues de un sitio, siendo Vitiges enviado como prisionero á Constantinopla. Por entonces la calumnia y las intrigas de la corte hicieron caer en desgracia á Belisario, que fué llamado por Justiniano, y habiéndose sublevado contra los ostrogodos los griegos, Totilas se puso á la cabeza de éstos y quiso negociar con Justiniano, pero éste envió para sujetarlos á Belisario, el cual, no viéndose bastante secundado, pidió y obtuvo ser relevado. Narsés, que fué el que le reemplazó, tomó á sueldo un ejército de lombardos, y destruyó por completo el reino de los ostrogodos, ganádoles las batallas de Arimino y del Vesubio, en las que murieron. Totilas en la primera y en la segunda Teias que le habia sucedido. La Cerdeña, Córcega y las islas Baleares, se sometieron también á los griegos, los cuales, habiendo sido llamados por Atanagildo para que le ayudasen á subir al trono de los visigodos, se hicieron dueños de la Bética en España. No fué tan afortunado Justiniano como en sus guerras anteriores, en las que tuvo con los pueblos eslavos, búlgaros y mogoles, que atravesaron en diversas ocasiones el Danubio,

llevaron la destrucción hasta los muros de Constantinopla; mas, sin embargo, en uno de estos ataques, dado por los cuturguros, que bajo el mando de su jefe Zamerkam, avanzaron á Constantinopla, Belisario logró destruirlos por completo, salvando de este modo del saqueo á la capital griega.

Miéntas que los generales de Justiniano conducian los ejércitos griegos á la victoria, este príncipe ocupó en hacer importantes trabajos legislativos á una comision de jurisconsultos, á cuya cabeza habia puesto al sabio Triboniano; estos trabajos no ejercieron, sin embargo, influencia en la vida política casi nula del imperio griego, porque no se habian tenido en cuenta para nada las verdaderas necesidades del imperio, pero son importantes para el conocimiento y estudio del derecho romano. La citada comision de jurisconsultos elaboró sucesivamente: 1.º, el Código: recolección completa y sistemática de todas las leyes imperiales que estaban aún en vigor; 2.º, las Pandectas, que contienen el extracto de las obras de los mejores jurisconsultos romanos sobre la interpretación de las leyes, y 3.º, las Instituciones, que contenian un compendio del derecho romano para el uso de los que se ocupaban en el estudio del derecho. Justiniano, siguiendo el ejemplo de sus predecesores, intervino en los asuntos y se abrogó el derecho de publicar decisiones dogmáticas, aprisionando y desterrando al papa Vigilio, que se opuso á su pretensiones; hasta que estas diferencias fueron terminadas por el quinto concilio ecuménico reunido en Constantinopla; esta ciudad fué embellecida por Justiniano con soberbios edificios, entre los que se cuentan veinticinco iglesias, siendo la más notable la de Santa Sofía, y en esta época tuvo origen un nuevo estilo arquitectónico, conocido con el nombre de estilo bizantino ó romano, que se desenvolvió y fué introducido en Occidente en tiempo de Carlo Magno, que hizo venir arquitectos griegos para construir iglesias y palacios en su imperio. Belisario, el mejor general de su tiempo, que aunque de origen oscuro, hizo una brillante carrera militar y sirvió en el ejército desde su juventud, el que á sus grandes talentos militares unia la bravu-



ra y una fidelidad al emperador nunca desmentida á pesar de las numerosas desgracias en que las intrigas de la corte le hicieron caer, fué acusado de haber tomado parte en una conspiración contra la vida del emperador y despojado de sus bienes y dignidades; pero todo esto le fué devuelto luégo que fué reconocida su inocencia, sin que sea cierto lo que afirma la opinion vulgar, que se vió obligado á mendigar el pan en las calles de Constantinopla, sostenido por su hija á causa de su ceguera. Las conquistas hechas en el reinado de Justiniano, añadiendo grandes provincias al imperio griego, habian agotado sus recursos y le exponian á los ataques de sus numerosos enemigos, que no tardaron en quitarle una buena parte de estas conquistas.

La decadencia del imperio griego data desde la muerte de Justiniano. En el reinado de Justino II, sobrino y sucesor de Justiniano, príncipe de carácter débil y de costumbres disolutas, fué destituido Narsés, gobernador de Italia, y ésta fué invadida por los lombardos, que se establecieron en ella despues de haberla conquistado en gran parte. Los ávaros, que habian abandonado las estepas de la Alta Asia, y que bajo el mando de su valiente jefe Baian, despues de someter á los pueblos eslavos y germánicos, habian fundado un vasto imperio entre el Danubio, el Mar Negro, el Elba y el Báltico, impusieron un tributo anual á Sigeberto, rey de Austrasia, y al emperador Justino II, el cual hizo una alianza con los turcos de Asia, que eran enemigos de los ávaros. Justino II dividió el trono con Tiberio, que le sucedió. Éste concluyó un tratado de paz con Baian, y alcanzó victorias contra los persas por medio de su general Mauricio, que subió al trono por haberse casado con una hija de Tiberio. Durante una guerra emprendida por el emperador Mauricio con objeto de restablecer en el trono de Persia al rey Cochrou Parviz, los ávaros principiaron de nuevo sus incursiones, siendo preciso enviar contra ellos al general Prisco, que desde luégo los venció; pero repentinamente estalló un motin en su ejército, y los rebeldes ofrecieron la diadema á uno de sus oficiales, Focas; éste, que era cobarde y

cruel, aceptó, ajustó la paz con los ávaros, y cuando volvió á Constantinopla hizo dar muerte á Mauricio y á toda su familia: con este motivo, y para vengar la muerte de su aliado, el rey de los persas le declaró la guerra é hizo la conquista del Asia Menor, y por la misma razon se tramó una conspiración en la que tomó parte su yerno Crispo, y fué destronado por Heraclio, que llegó á Constantinopla con una flota; éste era hijo del gobernador griego de África, y ocupó el trono del imperio.

El reinado de Heraclio es una serie de reveses y de sucesos prósperos, que tienen su explicación satisfactoria en el carácter de este príncipe, mezcla singular de valor y de apatía. Cochrou Parviz continuó la guerra contra el imperio griego, y en ella los persas se apoderaron de la Siria, la Palestina y el Asia Menor, y saquearon á Antioquía, Damasco y Jerusalem, conquistando también el Egipto al mismo tiempo que los ávaros, despues de haber asolado la Tracia, pusieron sitio á Constantinopla. Heraclio, que habia permanecido inactivo en su capital, pensó refugiarse en Cartago, pero el patriarca Sergio le retuvo y reanimó su valor, y poniéndose despues á la cabeza de su ejército rechazó á los ávaros y deshizo á los persas en tres batallas, pasando el Tigris: éstos entonces se unieron con los ávaros y sitiaron de nuevo á Constantinopla, pero Heraclio los venció otra vez, les arrancó todas sus conquistas, y penetró hasta Cetesifon, en donde les dictó la paz á la muerte de Cochrou Parviz; en seguida volvió á llevar á Jerusalem con gran pompa el leño de la verdadera cruz que los persas habian tenido que restituirle. Se hallaba Heraclio en lo más alto de su poder, cuando el falso profeta de la Meca le intimó que abrazase el islamismo, y como rehusase á ello, le declararon la guerra los fanáticos sectarios de Mahomá.

Las guerras entre persas y griegos habian extenuado los dos imperios, y de esta manera les fué fácil á los árabes apoderarse de la Siria, la Palestina y la Mesopotamia y de todas las provincias asiáticas, ménos del Asia Menor, á pesar de la brillante defensa que de estos países hizo Heraclio, que dió tres batallas á los árabes, y murió cuando ya éstos habian ani-